

**IV CERTAMEN LITERARIO
CENTRO DE LA MUJER DE BENALMÁDENA**

**En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 DE MARZO DE 2003)**



Centro de la Mujer



**BEN
82-3
Cua**

**DELEGACIÓN DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA**

8076695
Sólo puede consultarse

dentro de la sala de lectura

IV CERTAMEN LITERARIO
CENTRO DE LA MUJER DE
BENALMÁDENA

En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 DE MARZO DE 2003)

TRABAJOS PREMIADOS

1º: **MAGIA DE MUJER**
(Dolores Buendía López)

2º: **HARINA DE OTRO COSTAL**
(Juan Carlos de la Calle Martín)

3º: **TORTURA DE AMOR**
(Azucena González López)

R.21067

Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 cua

Tit.: IV Certamen Literario Centro

Aut.:

Cód.: 8076695



DELEGACIÓN DE LA MUJER

AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA



D

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

IV CERTAMEN LITERARIO
CENTRO DE LA MUJER DE
BENALMÁDENA

En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 DE MARZO DE 2003)

TRABAJOS PREMIADOS

1. MAGIA DE MUJER
(Dolores Buitrago López)

2. HARBINA DE OTRO COSTAL
(Juan Carlos de la Calle Martín)

3. TORTURA DE AMOR
(Alicia González López)

R. 2106 F

Edita:
Centro de la Mujer
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA
Depósito Legal: MA-348-2003

DELEGACIÓN DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA



En Benalmádena, la mejora de la situación social de las mujeres, con el aumento de su participación en todos los ámbitos de la vida, es un hecho evidente en los últimos años.

Este incremento ha sido posible gracias a la voluntad de las propias mujeres en crear una sociedad más igualitaria. Desde la Delegación de la Mujer del Ayuntamiento de Benalmádena también trabajamos con verdadero entusiasmo para lograr este fin.

Un año más volvemos a publicar los relatos premiados en el IV Certamen Literario "Centro de la Mujer de Benalmádena". Desde la Delegación de la Mujer os damos las gracias a los/as escritores/as que habéis participado, os invitamos a que sigáis haciéndolo en años sucesivos, animamos a quienes no han participado todavía, y felicitamos a las personas ganadoras.

M^a José Bustos Zambrana

Delegada de Mujer

En Benalmádena la mejor de la situación social de las mujeres con el aumento de su participación en todos los ámbitos de la vida es un hecho evidente en los últimos años.

Este incremento en este aspecto general de la vida de las propias mujeres en Costa una sociedad más igualitaria. Desde la Dirección de la Mujer del Ayuntamiento de Benalmádena también trabajamos con verdaderos entusiasmos para lograr este fin.

Un año más volvemos a publicar los relatos premiados en el IV Concurso Literario "Canción de la Mujer de Benalmádena". Desde la Dirección de la Mujer os damos las gracias a las autoras que han participado en este concurso. Los relatos premiados en este concurso son: "Años de silencio", "Años de silencio".

M. José Bustos Lombana
Delegada de Mujer

AYUNTAMIENTO DE BENALEDÉN
C/ San Juan, 10 - 41010 BENALEDÉN (Cádiz)
Teléfono: 952 44 11 11

Este concurso literario tiene como objetivo promover la participación de las mujeres en la vida cultural y social de Benalmádena. Los relatos premiados serán publicados en el boletín de la Delegación de Mujer.

Magia de mujer

Dolores Buendía López

Contemplando a Edune en el escenario del salón de actos del colegio de primaria, formando parte de la coreografía que la profesora de baile había preparado con motivo de la fiesta de Navidad, me sentía llena de ternura y emoción, a la vez que afloraban mil pensamientos y recuerdos de lo que había sido mi vida estos dos últimos años. Una sensación de orgullo invadió lo más profundo de mi ser, corroborando y dando sentido a la decisión, obstinación y lucha que había mantenido, sin dar motivos al desaliento, desde que me propuse adoptar a esta niña. Por el salón de actos las miradas iban y venían haciéndose cómplices de las mías, y los murmullos me sonaban al rumor de las mareas, cuando, juguetonamente, me dejo mojar por ellas.

Sólo yo sé lo dura que fue la tarea de convencer a Carlos, mi marido, para que aceptara. No le cabía en la cabeza que teniendo ya dos hijos maravillosos, yo deseara hacerme cargo de una niña fea y destartalada; con graves problemas físicos y psíquicos, como consecuencia de una parálisis cerebral, ocurrida cuando era muy pequeña. Carlos llegó a decirme que tenía síndrome de nodriza, que sólo era feliz cuidando niños, que una niña de esas características no se adaptaría a vivir en un medio urbano como el de nuestra ciudad de residencia, que la gente y, sobre todo, los demás niños, la discriminarían, se reirían de ella y no se integraría. ¿Has pensado cómo reaccionarán María y Víctor, nuestros hijos?

Todas estas preguntas también yo me las había hecho y temía que esto pudiera suceder el día que la conocimos en

aquel viaje al interior del continente africano adonde en esa ocasión tuvimos que viajar por motivos de trabajo.

Carlos y yo éramos fotógrafos de prensa. Realizábamos reportajes en los lugares más desposeídos de la tierra. A Carlos le interesaban más los paisajes, la luz y sus contrastes, los colores cambiantes de las estaciones. A mí me gustaba la gente, la presencia de un rostro que los humanizara. Creo que mi cámara, cuando estaba entre mis manos y enfocaba el objetivo, tenía el poder de convocar a los más variados seres humanos; entonces los espacios se quedaban llenos de vida: personajes hermosos, de noble dignidad; pero también plasmaba la fealdad de la miseria de los desheredados. Estos últimos, aparecían en mis fotografías dando sentido al paisaje, consiguiendo que la mirada del espectador no se pudiera apartar de ellos. Los críticos decían que mis fotos transmitían toda la belleza y el horror que este mundo es capaz de compaginar y soportar.

Nos instalamos en un poblado del África Occidental, justo debajo del Ecuador. En aquel lugar alejado de las comodidades de la civilización, donde la pobreza era el único elemento que identificaba a sus habitantes, teníamos que pasar una semana realizando el reportaje para nuestra revista. Debíamos convivir con los nativos compartiendo la extrema miseria de sus pobres recursos y adaptarnos a su mentalidad, anclada en las tradiciones, tan fieles a ellas como el perro a su dueño. Para nosotros no era nueva esta experiencia, por eso nos dedicábamos a este trabajo, porque nos hacía conocer la otra realidad del planeta, la de los desheredados y marginados. Queríamos mostrarla a los que vivimos confortablemente en el nuestro, en este mundo que llamamos desarrollado y que parece estar anestesiado y por eso le cuesta tanto despertar.

A la mañana siguiente, nos dirigimos al centro asistencial, que también servía de hospital. Estaba regentado por monjas

misioneras de la caridad, que habían hecho de sus vidas un servicio a los demás. Tan ocupadas estaban que apenas les pertenecía parte alguna de su cuerpo: sus piernas, llevándolas de un lado para otro por pasillos, entrecamas, y senderos polvorientos de la aldea, en un incesante ir y venir allá donde fueran reclamadas. Sus manos, agotadas, desolladas, requeridas constantemente por la urgencia de lo prioritario: atender a los enfermos y sus necesidades; sus cuerpos doblados, extenuados, como fardos al finalizar la jornada. Mientras las observaba me preguntaba qué parte de su cuerpo se reservaban para sí mismas, cuál de sus sentidos estaría aún disponible para captar los colores, sonidos o aromas de la mañana que se despe rezaba; qué espacio de su piel se reservarían para la ternura propia, para la sensualidad...¿podría su corazón viajar hacia los corazones de tantos niños atrapados en oscuras estaciones, cuyas vías llevaban largo tiempo obstruidas por la maleza y el abandono, vías muertas por las que hacía mucho tiempo que los trenes no circulaban.

Pensé en lo que era mi vida cotidiana: ocupándome de los míos, de mi hogar, de mi trabajo; las comodidades de las que disfrutaba; las oportunidades que me había dado mi familia y que yo supe aprovechar: la meta a la que había llegado y de la que me sentía satisfecha. De pronto, todo lo que yo antes consideraba meritorio en mi vida, me pareció insignificante. Mi existencia me parecía pobre, sin compromiso alguno. Estaba instalada en lo comfortable, en la rutina de una sociedad occidental, que gira en un solo sentido como los fluidos que se van por el lavabo. Aquí, en el Hemisferio Sur, el agua gira en el otro sentido. Pensé en que, probablemente, me quedaba aún media vida por vivir y, me vi recorriendo toda la geografía, con mi cámara colgada, al acecho de un ser vivo para encerrarlo e inmovilizarlo dentro de ella, como el cazador vigila a su presa preferida para exhibirla como un trofeo.



De repente mi universo interior se derrumbó como la base de un acantilado; no podía seguir retratando a los niños que veía pasar ante el objetivo de mi cámara. Todo lo que ahora veía era como un cuadro dramáticamente realista y decidí que no valía la pena seguir contribuyendo a favorecer la siesta de la gente desde los documentales de TV. Mis ojos se negaban a enfocar el objetivo y mis manos, inertes, a intercambiar lentes y grandes angulares. De pronto comprendí que siempre había captado parcialmente lo que fotografiaba: unos ojos hambrientos, unas piernas mutiladas, un manantial de sonrisa... Ahora, sin embargo, veía toda la secuencia completa. Todo el ser irrumpiendo en el espacio en sus tres dimensiones; y hasta percibiendo una cuarta, que antes, ocupada en la perfección de la técnica, no podía apreciar: el sentido de cada uno de nosotros en la tierra y el lugar que por azar nos ha tocado vivir: para unos tan generoso, para otros, tan duro y tan mezquino. Vi a mi alrededor niños y niñas residuales: los enfermos, los feos, los que tenían deficiencias físicas o psíquicas, los abandonados por todos como consecuencia de la guerra, de las hambrunas o de la desidia que acarrea la miseria moral y física.

Salí fuera del centro para respirar un poco de aire y poner en orden mi confusión. Entonces la vi. Sin duda mi hábito de profesional de la fotografía, me hizo dirigir mis ojos hacia esa niña, que más que andar, gateaba por el poblado, sorteando los obstáculos con ligereza. Apoyaba sus manos, y sus piernas las proyectaba hacia atrás y a los lados, balanceándolas como si de un tritón se tratase. Su cabeza estaba cubierta por un pelo lanoso y corto, grano de pimienta le llaman los nativos. Sus labios, gruesos, y sus ojos, de un amarillo opaco, poseían la mirada de un caníbal. La raíz nasal era baja y ancha, característica común en estos individuos. Su maxilar inferior mostraba acusado prognatismo, como si estuviera en permanente espera de la donación de un beso. Y la piel vagamente rojiza, no



muy oscura. Reconocí que encajaba en el entorno, que su procedencia debía de ser próxima. Al incorporarse, advertí un torso ancho y robusto. Su caminar torpe, sus pies planos y en compás, su prominente trasero, debían ser la causa de que se desplazara gateando con objeto de aliviar el peso. Me sorprendió verla tan sola, tan al margen de otros niños del poblado. Éstos se encontraban muy atareados en las mil tareas asociadas a las necesidades de la supervivencia cotidiana. Esta niña no realizaba tarea alguna, sólo hacía y deshacía el camino en torno al círculo que bordeaba las casas, se movía con dificultad y de vez en cuando se paraba y se sentaba, adelantaba la cabeza y sus grandes ojos miraban con expresión hambrienta. Nada en su rostro denotaba lo que podía sentir.

Me acerqué a ella y la miré. Su mirada se cruzó con la mía y noté una sensación que creí tener perdida para siempre y que ahora se manifestaba con rotundidad: supe que se trataba de la piedad, esa virtud tan maltratada y utilizada en tantas ocasiones como escaparate de influencias y notoriedad. Virtud denostada por mí en muchas ocasiones, por el uso y abuso que de ella se hace. Siempre eludí estas convocatorias sociales a las que con frecuencia era invitada. Allí donde acudían las señoras de la burguesía para sacar a la calle su fondo de armario, donde los maquillajes camuflan el vacío de sus vidas, sin compromiso personal, pegadas al varón, tutor de turno de sus inexistentes proyectos. Esperando la foto que las hará brillar un momento con el destello instantáneo del flash del fotógrafo de famosos efímeros; mascarada en los mercadillos carnavalescos, tan en boga, para salir en las revistas del corazón. De repente, recordaba a mi madre; ella supo inculcarme este sentimiento cuando era pequeña: la piedad como amor al prójimo, compasión que entraña compromiso. Todo mi ser desbordaba ternura hacia aquella niña solitaria y ponía alas a mis pies para

aproximarme a ella y hablarle, tomarla de la mano y participar de sus juegos.

Cuando la tuve a mi alcance, ella me miró alzando sus ojos amarillos, al tiempo que se encaramaba algo parecido a un sentimiento de esperanzada incredulidad, pugnando por atravesar los húmedos cristales de los míos. Le cogí la mano para ayudarla a levantarse.

Noté el tremendo esfuerzo que hizo para incorporarse. La invité a sentarse junto a mí y comencé a hablarle. La niña me miraba con ojos de sorpresa y confusión. Al principio pensé que no entendía mi español, después la oí: unos sonidos guturales, desgarradores, como de animal herido y abandonado. Abrí mi bolso – en él siempre llevo objetos de los que entretienen y gustan a los niños mientras los fotografío –, le mostré una preciosa vaquita blanca con manchas marrones. Cuando se apretaba su barriguita, mugía. Algo parecido a un ensayo de sonrisa me pareció ver en su rostro, y de mi corazón partieron vibraciones envolviéndonos en sus círculos. De mí ser fluía una corriente amorosa que nos obligaba a navegar en la misma dirección.

Cuando comprendí que la niña no podía hablar, regresé al centro hospitalario para entrevistarme con las monjas que la cuidaban. Pronto me enteré de los antecedentes. Había sido abandonada por sus padres siendo muy pequeña, padecía una parálisis cerebral que le afectaba profundamente: no podía hablar y su retraso mental era grande, su psicomotricidad torpe y su expresividad casi nula. Cuando las monjas la encontraron en el poblado donde nació, estaba sola, desnuda y sucia, y se arrastraba por el suelo. Era un animalillo más de esta maltratada tierra africana. Las misioneras la recogieron y la trajeron al centro, donde se ocupaban de ella.

Le pusieron el nombre de Edune. Sin embargo, estas mujeres tenían que atender las necesidades de muchos niños del poblado: su salud, su higiene, su educación... Comprendí que no podía pedirse más a estas mujeres que se dejaban la piel día a día. A Edune, el corazón debía dárselo yo.

Busqué a Carlos y le mostré a la niña, le hablé del impacto que me había producido su soledad y abandono, y le expuse mi idea de adoptarla y llevarla con nosotros de vuelta a España. Carlos sabía que determinadas decisiones por mi parte eran difíciles de eludir. Siempre decía que cuando yo hablaba de asuntos trascendentes, como lo era éste, sabía usar palabras tan personales que él no tenía más remedio que aceptarlas, o al menos, reflexionar sobre ellas. Yo sabía de su naturaleza generosa y confiaba en que el contacto con la niña le haría decidirse y comprometerse en la adopción. Por supuesto yo tenía la intención de asumir la responsabilidad de su cuidado. Era consciente de las dificultades que podían plantear nuestros hijos, del rechazo de otros niños del entorno. Tendría que ir a un colegio donde podría haber problemas para su integración. ¿Y Edune? ¿Cómo se acomodaría a su nueva forma de vida: otras costumbres, otra alimentación?... una educación para un pájaro que nunca tuvo jaula, una disciplina para la necesaria convivencia... Cogí a Edune en mis brazos para que mis errantes y pesimistas pensamientos no asfixiaran mi voluntad decidida, y la estreché a la altura de mi pecho: su corazón latía al mismo ritmo que el mío. Todo temor desapareció para dejar paso a la osadía del compromiso y de la acción.

Durante aquellos días de laborioso trabajo, realizamos las diligencias legales para la posible adopción de Edune. Nuestro tiempo libre lo dedicábamos a compartir con ella juegos y destrezas —desde el principio tuve muy claro que la niña sería educada como mis hijos—. Por fin regresamos a casa. No me imaginaba los ejercicios de diplomacia y también de contun-

dencia que tuve que desplegar para lograr convencer a mis hijos de que la niña debía ser acogida en nuestra familia- para entonces mi marido ya era también partidario. Mis hijos sólo habían visto a esos niños en los reportajes que les mostrábamos a la vuelta de nuestros viajes, o en la tele, pero no se imaginaron que un día pudieran compartir la misma mesa, el mismo baño; en definitiva, sus espacios y su tiempo, ¡si ni siquiera los propios hermanos se ponían de acuerdo, si se pasaban el día discutiendo! María, mi hija, sintiendo el egoísmo propio de las adolescentes, protestó enérgicamente ante la idea de compartir su dormitorio, el espacio que tantos años había disfrutado en soledad, y que ahora lo percibía como una invasión a su intimidad. Mi hijo Víctor insistía en que dos chicas eran demasiado para su aguante. Carlos y yo estuvimos algún tiempo explicándoles las razones, nada fáciles, de nuestra decisión. Les mostramos el reportaje que habíamos realizado con Edune como protagonista, y cómo reaccionaba cuando compartíamos con ella sus juegos, cómo nos abrazaba y alargaba sus brazos para asirse a nosotros. Apelábamos a la fibra del sentimiento de ambos para insistir en la conveniencia de darle una oportunidad a esta niña que la vida la había tratado tan mal. No se trataba de abandonarlos a ellos sino de hacer un hueco más en sus corazones.

Cuando estuvimos preparados, adoptamos a Edune. No pudimos conocer con exactitud su fecha de nacimiento. Sólo sabíamos que las monjas la recogieron cuando aún gateaba, pero, dado su retraso cerebral no era fácil averiguarlo. Quizás tenía ocho, nueve o diez años. Ella lo observaba todo con una especie de temor, curiosidad y excitación. Todo era nuevo, extraño y diferente en su vida. A veces ocasionaba algún destrozo ante la falta del tacto adecuado, producto de la inexistente educación sensorial recibida. Comprendí el trabajo que se nos venía encima, pero mi voluntad resuelta y decidida me decía

que de aquel patito feo y desgarbado, saldría una persona capaz de desenvolverse y sobre todo de ser feliz. Mi meta por entonces era que se integrara y fuera dichosa.

Consulté con amigos profesores y psicólogos para que me guiaran en estos propósitos. Fue, sin embargo, la fotografía la encargada de aportar la mejor terapia en su desarrollo psíquico y emocional. En mi estudio había cientos de fotografías y ella las miraba una y otra vez, fascinada. Imitaba los gestos que le dirigían, sus posturas, teatralizaba sus expresiones... El cuarto oscuro era para ella como un templo sagrado; el proceso del revelado debía parecerle tan misterioso que miraba el papel por delante, por detrás, mostrándome su incredulidad y su sorpresa.

Al principio no nos entendía, pero nosotros nos esforzábamos mediante gestos, haciendo que tomara contacto con el mundo de las sensaciones: cada palabra llevaba aparejada una imagen, un olor, un sabor, un contacto... Tomaba los libros que María tenía en su escritorio y se pasaba los días mirándolos, intentando descifrar aquellos signos incomprensibles para ella. Nos llevaría mucho tiempo lograr progresos, quizás nunca conseguiríamos que hablara, pero, había tantos bocados apetitosos para llevar a su boca...

El primer día que Edune fue al colegio, la maestra, advertida de su problemática, tenía preparado todo el arsenal de recursos didácticos, que la pedagogía y la experiencia habían contribuido a enriquecer su vida profesional. Tuvo que hacer uso de toda una batería de ellos para lograr que la clase aceptara a una niña que no tenía el mismo color de piel, ni disciplina; y que no hablaba ni podría seguir el ritmo de aprendizaje correspondiente a su nivel educativo. Tuve que emplear toda mi persuasión y mostrarle mi disposición a colaborar con ella para conseguir tocar su fibra sensible y humana. Su cola-



boración fue, finalmente, acorde con mi intención de lograr su integración.

Muy pronto, algunas niñas, con ese marcado instinto protector, comenzaron a ejercer de pequeñas madres, ocupándose de sus atenciones físicas y emocionales, intentando acelerar el proceso, para que no fuera más penoso. Los chicos, por su parte, no osaban interponerse, bien pasando del tema, bien, tomando partido en el proceso reeducativo de Edune. ¿Quién se atreve a contrariar a unas niñas convencidas de su rol de madres? Por primera vez las chicas se harían con el control de la clase y tocarían la fibra sensible de los varones. Poco a poco Edune se hace querer en el colegio, todos la quieren ayudar y nadie ve sus defectos sino que atienden a sus progresos.

Han pasado dos años desde que la adoptamos, así que hemos celebrado su undécimo aniversario, aunque mentalmente sigue instalada en un universo más infantil. Los educadores, sus compañeros de clase y mi familia hemos conseguido su integración en el entorno que nos rodea: en el colegio, con nuestros vecinos, en casa... Mis hijos la cuidan y han aprendido a quererla. Han madurado responsabilizándose y compartiendo sus cosas, su tiempo, sus caricias... Han aprendido entregándose generosamente. Su vocabulario ha sustituido el yo por nosotros, el mío por el nuestro, el quiero por queremos, me gustaría por nos gustaría.

Nuestra vida se ha hecho más intimista, más familiar. También se ha incrementado el trabajo, cuanto más se integra en nuestra familia, más exige y, al desinhibirse, empiezan también los caprichos y las rabietas. Mis amigas me preguntan cómo una mujer como yo, con una familia organizada, con una profesión bien remunerada e interesante, he podido echarme esta obligación tan ardua y que me ocupará el resto de mi vida. Me dicen que si he pensado qué sería de Edune si

a mí me pasara algo. Yo a éstas y otras cuestiones siempre contesto que cada día soy consciente de la responsabilidad que he tomado, que además soy consciente de que he implicado a los míos...,pero ¿Acaso no somos todos responsables de las decisiones que tomamos? ¿No lo somos cuando tenemos hijos biológicos? ¿Vemos tan normal formar una familia e imponer un modelo de conducta para todos sus miembros? ¡Qué hubiera sido del mundo, qué sería de él, sin las personas que se levantan de la poltrona para tomar decisiones!

Si algún día no podemos estar con Edune, si yo falto, ella habrá tenido la oportunidad de ser una persona con derecho al reconocimiento de una identidad, de haber disfrutado del cariño de un hogar, de tener una educación, de que su cuerpo y su mente mejoren y de vivir en una sociedad que se ocupa de las personas que tienen necesidades específicas como ella. Si todo eso se lo he podido ofrecer, a pesar de mi sacrificio...ya me compensa,-me digo en este momento en que sigo contemplándola en el escenario-. Mi querido patito feo ya es capaz de realizar unos pasos de psicomotricidad, y con otras niñas expresa armoniosamente, al compás de una música, sus emociones. Después, oigo los aplausos del abarrotado salón de actos del colegio...y me siento una mujer plena y feliz, una mujer que ha sabido dibujar un arco iris en los ojos de Edune, como me decía mi abuela cuando me recitaba aquel poema que ella había escrito y que tanto me gustaba. Ahora, cuando intento recordarlo, entiendo el verdadero significado de lo que expresaba. Creo que decía algo así:

Magia de mujer

*Una mujer dibujó
un arco iris en mis ojos
ensartando mis palabras*



en el collar de los sueños.
Convocó lunas en la noche
para ahuyentar mis tormento.
Con su magia navegaba
desde el puerto de su boca,
velas blancas en la noche
en el barco de mi alcoba.
Ellas tejieron el hilo
con que se tejen los sueños.
Mi despensa la llenaron
de alabanzas, de ternuras
de personajes de cuentos.
De ellas he conseguido
los mejores dividendos.



HARINA DE OTRO COSTAL

Juan Carlos de la Calle Martín

Manuela vino a verme a la comisaría un día gris de invierno, a esa hora indefinida que son las seis de la tarde, cuando la tibia luz sucumbe definitivamente ante las sombras de la noche. Un subordinado abrió la puerta de mi despacho y la anunció a bocajarro, dando por supuesto que yo debía ocuparme de ese caso personalmente.

-Señor comisario, aquí hay una señora que quiere hablar con usted. Creo que debe escucharla.

Levanté la vista de un tedioso informe balístico que estaba leyendo y asentí con la cabeza. Mi subordinado era un viejo sabueso con olfato, empapado de oficio, que se había ganado la placa y las arrugas en la dura batalla cotidiana de la calle. Su consejo era casi siempre acertado y esa vez tampoco se equivocó. Cuando Manuela entró en el despacho y se colocó ante mi mesa no podía imaginar que aquella mujer madura, de aspecto frágil, había cometido con total premeditación y alevosía un asesinato.

A veces, en medio de la soledad ruidosa de la comisaría, pienso que los que llevamos la ley en el bolsillo no somos tan diferentes de los que sólo portan una navaja y pocos escrúpulos. Y lo creo porque todos nos movemos por un impulso tan primario como la supervivencia, diga lo que diga el Código Penal. Seguramente por eso, o quizá porque aquella mujer transmitía más humanidad de la que yo estaba acostumbrado a

percibir, asistí a su confesión con ese aire de complicidad que siempre nos impregna cuando analizamos de cerca la condición humana.

Manuela se sentó muy despacio en la silla que le ofrecí y cruzó las manos sobre sus piernas. Estaba muy nerviosa, cabizbaja, no se atrevía a mirarme a la cara. Su vestido oscuro me recordó a esas ancianas enlutadas de los pueblos castellanos que se consumen poco a poco a la puerta de su casa con el viento cortante de la Meseta. Era pequeña, delgada, de aspecto insignificante; una de esas personas que se encuentran en un bar, en una tienda, en un portal y que se olvidan tan rápidamente como se han conocido. Tenía el rostro desencajado por el dolor y los ojos vidriosos. Lo estaba pasando muy mal y se le notaba.

Lentamente, Manuela comenzó a recobrar la entereza. Levantó la cabeza, me miró y lo dijo sin titubear:

-Señor comisario, he matado a un hombre.

Respiró profundamente y no dudé de que había tranquilizado su conciencia. Con sólo siete palabras, dichas en el momento justo ante la persona adecuada, terminó con semanas de sufrimientos, de noches en vela, de remordimientos. Ahora ya no podía volverse atrás, había confesado su crimen y estaba dispuesta a pagar el precio que se le impusiese por ello.

La situación no me era ajena. Permanecí durante unos segundos observándola, dejando que sus palabras flotasen en el ambiente, intentado descubrir una grieta, un resquicio por el que conocer si me estaba mintiendo. Llegué a la conclusión de que aquella mujer me decía la verdad y opté por conducir la situación con suavidad:

-No hay prisa. Tómese usted el tiempo que necesite. ¿Quiere contarme cómo ha sucedido?

No hubo un "todo comenzó", ni una narración cronológica y perfecta de los hechos porque Manuela López Arribas, de 52 años, no era mujer ni de muchas palabras ni de muchos libros. Conversamos a su manera, con su lenguaje, improvisando el camino y el ritmo, con pasos atrás y saltos hacia adelante. Hablamos de lo que pasó, claro, pero también de su visión de las cosas. En definitiva, charlamos sobre la vida de una panadera de la periferia madrileña que terminaba en el embudo de un asesinato.

Manuela me contó que heredó de su madre el color rojizo del cabello y de su padre, el oficio de panadera. Desde que abandonó el pueblo siendo muy joven dedicó todo su esfuerzo en materializar una ilusión de infancia: tener una panadería en la capital y amasar con sus propias manos el pan. Fueron años duros, vividos en soledad, que finalmente dieron su fruto en un bonito local coronado con un rótulo en el que podía leerse "Panadería Manuela. Pan casero".

Ella, que jamás conoció otra droga que el trabajo, no pudo imaginar que un día su vida estaría al borde del abismo como consecuencia indirecta de la heroína, paradójicamente, una sustancia parecida a su herramienta laboral, la harina.

Hablaba a golpes de sentimiento, sabiéndose escuchada, mientras iba ganándole terreno a una silla que ya no parecía envolverla. Frase a frase iba esquivando el dolor, asumiendo su pasado y su presente, haciéndose protagonista involuntaria de una historia que no tenía retorno.

Hay una primera vez para todo. Si esa primera vez es, además, el comienzo de una pesadilla, su recuerdo nos acompañará para siempre. Seguro que Manuela jamás olvidará el

día en que Faustino Barrientos, más conocido como "malasombra" por la policía y los amigos de la jeringuilla, entró en su panadería cuando estaba a punto de echar el cierre. "Malasombra" tenía una cara picada de viruela abonada de por vida a una barba de tres días. Su pelo, haciendo juego, era lacio, grasiento y siempre estaba despeinado. Vestía unos pantalones vaqueros rotos y un jersey sucio y descolorido. Lo sabía porque era un cliente habitual de la comisaría. Cuando Manuela le tuvo al otro lado del mostrador se estremeció. Sólo tuvo ojos para sus manos extendidas de drogadicto, que eran como un bosque arrasado por un incendio, unas manos que le pidieron, amenazantes, algunas monedas que le ayudasen a comprar la dosis diaria. Atemorizada, Manuela accedió. Desde ese día, el problema social de la droga, que ella había vivido siempre desde el alejamiento de la televisión, pasó a ser el centro de su vida.

Mientras la escuchaba, miré por la ventana de mi despacho intentando descubrir algo de esperanza en medio de la negrura de la fría noche invernal. El caso "malasombra", que yo creía cerrado hacía un mes, volvía a abrirse y eso no me hacía más grata la existencia. Decidí volver a los ojos de Manuela.

La segunda visita de "malasombra", acaecida al día siguiente, convirtió en cotidiana una petición acompañada de amenaza y elevó el temor de una mujer a la categoría de pánico, demostrando que el miedo habita en lo más profundo de nuestro ser.

-La tercera vez no se conformó con unas monedas, señor comisario. Me amenazó con una jeringuilla usada y cogió todo el dinero de la caja. Luego me pegó porque le pareció poco. Estaba como loco, creo que tenía el "mono".

Al oírle pronunciar la palabra "mono" sonreí interiormente. En sus labios sonaba extraña, igual que si hubiese dicho síndrome de abstinencia. Me imaginaba a Manuela sometién-dose cada día a un brutal reciclado sobre la existencia. Estudiando, a golpe de terror, su particular master en drogadicción impartido por el catedrático "malasombra". Demasiado para una mujer solitaria sin familia y sin amigos, con el único apoyo mudo de sus barras de pan.

Mi pregunta era obligada, aunque conocía de antemano la respuesta. La he escuchado en demasiadas ocasiones y siempre me duele como una puñalada.

-¿Por qué no acudió a nosotros?

Manuela me miró con lejanía, pero sin desprecio. Simplemente dijo con resignación:

-Lo hice en dos ocasiones, pero no sirvió de nada.

En algunos momentos, en medio del sufrimiento, nos asalta un fagonazo de lucidez, una descarga de determinación que nos conduce hacia algún sitio, aunque no sea el más adecuado. Manuela lo comprendió una tarde que recibió la visita rutinaria del inspector de abastos "malasombra". Además de estudiar detenidamente las cuentas del negocio, "malasombra" supervisó personalmente la calidad de la bollería y devoró con ansiedad dos croissant que estaban colocados en una bandeja sobre el mostrador. Llovía sobre mojado. En ese momento Manuela decidió matarle y supo exactamente cómo hacerlo.

-Debe creerme, señor comisario, no pude aguantar más. Lo planeé todo esa misma noche y por primera vez en varias semanas pude dormir de un tirón.

Dejé volar mi imaginación al hilo de sus palabras. La vi sentada delante del televisor viendo un reportaje sobre el tráfico de droga en Madrid. Tomaba notas en su pequeña libreta, como cuando apuntaba en la panadería el pedido de la semana. También leía con avidez la sección de sucesos de los periódicos y oía los noticiarios de la radio. Descubrió que la heroína, como el pan, es un producto elaborado con mimo para los consumidores, con su propia red de distribución y sus puntos específicos de venta. Se familiarizó con la jerga y aprendió que una "papelina", un "chute", un "pico", es la cantidad de droga que un "colgao" se inyecta y que cada "yonki" se pincha una o varias veces al día en función de su dependencia del polvo blanco. También supo que se obtienen varias "papelinas" de un gramo de heroína pura, que puede costar unas dieciocho mil pesetas, según el momento. Y lo más importante: comprendió que una dosis excesiva o demasiado pura puede matar.

Me metí en sus pupilas y me fui con ella a "caballo" de su relato hasta la puerta de su casa. Allí, una mañana de hace casi un mes, tomó un taxi. Pude oír cómo le indicaba al taxista la dirección del poblado chabolista de La Celsa mientras se aferraba a su viejo bolso en el que guardaba todo su capital, medio millón de pesetas. Iba de compras al supermercado de la droga. La acompañé mentalmente hasta una chabola que hacía las veces de tienda y vi cómo pidió diez gramos de heroína a un sucio vendedor sin corbata con la misma decisión de quien pide doscientos gramos de jamón de york al charcutero.

-Pasé el resto del día haciendo la masa, señor comisario. Primero preparé algunos croissant pequeños y luego hice uno

bien grande con la droga que había comprado. Los coloqué todos en una bandeja de plata sobre el mostrador y esperé.

La espera no fue en vano. El contable de su negocio apareció con puntualidad exquisita a la hora de echar el cierre. Esta vez, Manuela no tuvo miedo, sólo sintió odio. El gerente "malasombra", con total tranquilidad, supervisó la marcha del negocio y aprobó el balance del día. Se mostró comprensivo con la recaudación y mostró una sonrisa desdentada a su empleada. El "pico" que acababa de inyectarse le había dejado en un estado de placidez. Mientras contaba el dinero de la caja cogió un croissant pequeño de la bandeja y lo comió con rapidez. No reparó en el cuerpo tenso de Manuela. Después se guardó los billetes en el bolsillo y atrapó de un zarpazo el croissant grande. Lo devoró ansiosamente en tres bocados mirando fijamente a Manuela. Fue la última vez que le vio con vida.

Después de la confesión, dejé a Manuela sumida en sus pensamientos y sentada en el banquillo de los acusados de mi despacho. La vista oral del juicio por el asesinato de Faustino Barrientos había concluido. El jurado, compuesto por un solo hombre, se retiraba a deliberar. Me dirigí al archivo de la comisaría y conseguí el expediente del caso "malasombra", cuya conclusión ya conocía: muerte por sobredosis de heroína. Pensé que debía tenerlo a mano cuando dictase sentencia. Por el camino hice una parada ante la máquina de las bebidas y me tomé un café, quizá para hacer que todo pareciera, ante mis ojos, más oficial. Pude observar que en el jurado existían serias discrepancias. Por un lado, estaba la premeditación y la alevosía. Un plan perfectamente urdido y el deseo consciente de asesinar. Por otra parte, debía tomarse en cuenta el miedo insuperable que la víctima imponía a la homicida y una actua-

ción impregnada de defensa propia. A pesar de las discrepancias, el jurado alcanzó un veredicto unánime mientras me tomaba el segundo café.

Abrí la puerta de mi despacho, pero no exigí a la acusada que se pusiese en pie. Dado que estábamos en un juicio poco ortodoxo decidí prescindir de algunas formalidades. Me senté en mi sillón, coloqué sobre la mesa el expediente del caso "malasombra", la miré a los ojos y dicté sentencia:

-Manuela, es tarde. Váyase a casa.

TORTURA DE AMOR

Azucena González López

Me superaba aquella impotencia, allí tumbada, herida, herida en mi cuerpo y en mi orgullo. Me superaba aquella cobardía que me sobrecogía; solo podía preguntarme el cómo y el porqué de todo aquello. No se cuánto tiempo permanecí en aquella oscura soledad, en aquel pozo sin fondo, perdida en un mar de autocompasión.

No eran preocupantes las heridas de mi cuerpo, lo realmente acuciante eran las marcas de mi alma. Allí tumbada en aquel frío suelo sólo tenía dudas, mis pensamientos eran como torbellinos que arrasaban mi razón. La vida tenía que ser mucho más que aquello, tenía que estar llena de otras muchas emociones a parte de las de culpabilidad y las de temor.

Recordaba mis horas, mi vida, mi hogar; miraba con nervios el reloj, el tiempo pasaba demasiado rápido; cuando se iba acercando el momento, sentía un frío estremecimiento, cuando la llave rozaba la cerradura el pánico me atrapaba, intentaba mantener la calma, que mis hijos no notaran nada, que no fueran partícipes de mis temores. Me preguntaba qué debía decir o hacer para no provocar la más mínima alteración. Si no decía nada inmediatamente era recriminada por mis silencios, y si hablaba podía decir algo inconveniente.

¡Dios mío! ¿Que debía hacer? Cuantas veces me enfrenté a esa terrible situación, era como golpearse la cabeza contra un muro, no había nada que yo pudiera hacer que estuviera

bien, lo peor es que había llegado al convencimiento de que era culpa mía.

Ahòra allí tumbada me preguntaba cómo pude dejar que la situación llegara hasta ese extremo, iba sintiendo un pequeño escalofrío que envolvía mi cuerpo, el dolor era agudo pero soportable, lo realmente insoportable eran los recuerdos.

Apenas podía moverme, pero de todas formas qué importancia tenía eso: dónde iba a ir, en dónde me iba a esconder de mí misma, mi cabeza seguía dando vueltas sin cesar.

Recuerdo cuando se acercaba el momento de acostarse, procuraba irme pronto a la cama y me hacía la dormida esperando pasar inadvertida, aunque no siempre lo conseguía; aquel extraño a mi lado que tanto miedo me inspiraba comenzaba a acariciarme, yo no sabía cómo superar aquella situación: si me negaba podía dar lugar a una reacción que no deseaba, lo mejor era colaborar y que pasara lo más rápido posible.

Sus manos sobre mi cuerpo eran como latigazos que no dejaban una huella aparente, pero que yo no podía borrar. No había jabón capaz de eliminar aquel olor, de lavar aquella sensación. Casi era peor eso que los golpes, me dejaba un sabor a hiel en mi garganta y una terrible sensación de vacío. Me sentía sucia, sucia por dentro y por fuera.

Cómo soportar esa tensión, cómo aguantar esa guerra entre cuatro paredes, esa guerra llena de batallas perdidas, llena de soledades e incomprendiones. Todas esas cosas que una jamás cuenta, como si realmente fueran culpa nuestra y nos avergonzamos y nos las vamos bebiendo a tragos cortos. Creía que si cerraba los ojos todo aquello desaparecería; sólo encontraba reposo en mis sueños, que me transportaban a otros mundos inexistentes pero en los que yo me sentía segura; lo

malo es que la noche siempre era demasiado corta y el alba me atrapaba tirándome de bruces contra la realidad.

¿Dónde estoy? Mi mano toca el suelo, está frío a mi alrededor pero casi no puedo sentirlo, intento ver lo que me rodea pero mi visión está nublada, no se escucha ningún ruido, estoy intentando recordar alguna canción pero nada acude a mi mente, quizás esté dormida y esto no sea más que otro de mis sueños jugándome una mala pasada.

Me encontraba mirándome las manos, ya estropeadas por los años y el duro trabajo, ese trabajo jamás valorado, esa lucha diaria contra el tiempo.

Cuando me sentaba ante el televisor veía a esas mujeres que hablaban de la igualdad conseguida, de la superación y de tantas otras cosas que yo no podía entender. Me preguntaba en qué país vivían, porque desde luego no era el mismo en el que yo habitaba: el país en el que yo vivía estaba lleno de mujeres que no solo seguían llevando sus casas, trabajando como esclavas, como siempre lo hicieron, sino que además, en muchas ocasiones trabajaban también fuera para llevar un sueldo a sus hogares. Muchas de ellas con carreras superiores y una amplia cultura. Pero aquello era lo de menos, se pasaban el día corriendo de un lado a otro, ahora a la compra, luego a recoger un niño aquí, más tarde a dejar otro allá, procurando no llegar tarde a trabajar, que no faltara una camisa sin planchar, que hubiera leche en la nevera, que los muebles no tuvieran polvo, que las camas estuvieran hechas... Vaya porquería de liberación habíamos conseguido.

Para eso tantos años de lucha. Era necesario un cambio, pero ese cambio debía empezar dentro del hogar y dentro de nuestros hogares no había cambiado nada.

No podía recordar la última vez que salí a ver escaparates o simplemente a dar un paseo. Cuando alguno de mis hijos se

ponía enfermo tenía que hacer realmente malabarismos para poder cumplir con todas mis obligaciones y atenderlo adecuadamente.

Sinceramente pensaba que la liberación estaba solo en manos de personas como Isabel Preysler, repartiendo bombones en el jardín de su espléndida casa, aunque pensándolo bien para qué leches iba a querer ella liberarse. Siempre me quedaba el consuelo de pensar que tan sólo hace menos de cien años ni siquiera teníamos derecho al voto, y que éramos ciudadanos de segunda.

O también podía pensar que si miras para atrás hay quien está peor, como esas pobres mujeres que en los países musulmanes van tapadas hasta los ojos y aún no tienen derecho ni al estudio ni al trabajo, aunque pensándolo bien eso tampoco es excusa para que nos dejemos tirar por las ventanas o para que nos metan fuego.

El dolor parece que va cesando, noto algo viscoso que corre por mi frente, seguro que serán impresiones mías, estoy perdiendo la noción del tiempo, no sé si falta mucho para que lleguen los niños del colegio, no recuerdo si preparé almuerzo. Bueno seguro que podré hacerlo más tarde, ahora me siento demasiado cansada.

Hubo un tiempo, hace mucho tiempo, en que yo creía que el mundo estaba en mis manos, que podía conseguirlo todo, sólo era necesario luchar con todas mis fuerzas, la vida se había encargado de hacerme entender que eso sólo son quimeras, que por mucho empeño que pusiera había cosas que jamás tendría, que había cosas que sólo estaban reservadas para unos pocos. Quién sabe, quizás esté a tiempo de cambiar eso, sólo hace falta romper con todo y comenzar de nuevo de otra forma, es posible que la vida aún me reserve alguna sorpresa, a poder ser agradable. Quizás incluso existiera algún hombre

que aún fuera capaz de quererme.. sería estupendo poder co-
ger la mano de alguien que me amara, sentir una caricia sincera,
sentir un beso cálido en mi boca.

Algunas veces me pongo en el balcón de mi casa a observar la gente que pasa, intentando imaginar cómo son sus vidas, qué sienten; cuando veo una pareja de ancianos de la mano intento adivinar en sus ojos el cariño que se procesan, estas cosas a veces me devuelven la esperanza, por qué no me puede pasar eso a mí, digo yo.

Llegar a la vejez acompañada, tener con quién compartir mis alegrías y temores, alguien que me mire y me comprenda.

Sigo sin escuchar ningún ruido, es extraño, parece que el tiempo se hubiera desvanecido, debe de estar haciéndose de noche, la luz se va difuminando lentamente. Estoy intentando mover mis manos pero no lo consigo, se me han debido de quedar dormidas. Espero haber apagado el fuego, la verdad es que no me acuerdo qué fue lo último que hice, bueno tampoco creo que importe mucho, no huele a quemado, así que seguramente lo apagué.

Me pregunto cómo ha podido ser, con tanto cariño que puse en cuanto hice, cómo me pudo salir todo tan mal. Bueno, la verdad es que todo no, mis hijos son mi vida, creo que todas las madres decimos lo mismo y nos escudamos en ellos para soportar situaciones a las que jamás nos deberíamos someter.

Creo que debí parar en el primer insulto, en la primera humillación, en ese primer comentario desafortunado, en ese primer arrebato. Pero me consolé diciéndome que aquello era pasajero, que no se repetiría, pero no fue así. De la disculpa se pasa a la amenaza y de ahí al miedo. Ahora ya no sé cómo saldré de ésta.

Porque siento esta intranquilidad, quién va a ocuparse ahora de mis hijos si yo falto, debí ensarlo antes, ahora ya no hay solución.

Todo está oscuro, escucho un sonido a lo lejos, quizás sea el teléfono móvil, bueno nunca sé dónde lo dejo, supongo que ya volverán a llamar.

Siento un raro sopor, parece que el suelo se abriera bajo mi cuerpo, como si cayera al vacío, a las negras profundidades de un abismo.

Alguien me llama en algún lugar, me afano por contestar pero la voz no sale de mi garganta, esto es una pesadilla de la que quiero despertar.

Aquel día hacía un sol abrasador, cuando logré mojar mis pies en el agua de la playa noté un alivio inimaginable. El agua estaba cristalina y helada. Yo era joven y lucía un bronceado envidiable. Estar en la playa era una verdadera gozada, allí tumbada el tiempo parecía detenerse, sola yo, el sol y el mar. Ansiada juventud que se escurre entre los dedos como el agua, sin darnos apenas cuenta.

Cuánto tiempo había pasado desde aquello, seguramente habrían sido siglos, quién podía augurarme en aquel momento un futuro tan incierto, yo que parecía que me iba a comer el mundo. Cómo no me di cuenta que eso que vemos en las noticias del telediario le puede pasar a cualquiera, que no son ficciones ocurridas en países lejanos, que están ocurriendo a cada instante en la puerta de la casa de al lado. Vivimos engañadas creyendo que eso jamás nos pasará a nosotras. Despertamos del sueño a la primera bofetada.

Se escuchan sonidos a mi alrededor, parecen voces, son como ecos perdidos, no acierto a entender lo que dicen y siento pasos, me siento como si estuviera muy lejos. Hay algo fa-

miliar en uno de esos sonidos, se escucha un llanto, ¡Dios mío! es la voz de mi pequeño, por favor que alguien me escuche, que se lo lleven, que no me vea, que no se entere.

Tengo que protegerlo, ¿no veis que es mi hijo? Me siento tan cansada, las fuerzas me fallan, siento un profundo sueño pero he de mantenerme consciente no puedo rendirme ahora.

Porque me ha pasado esto a mi, que he hecho para merecer semejante castigo. Que corto es el trayecto que separa la felicidad de la tortura y que rápido se recorre. De que callada manera se pasa de la caricia a la agresión y se nos intenta convencer de que ese dolor que se nos infringe es también consecuencia del amor que se nos profesa, cómo me dejé atrapar en semejante tela de araña.

Ahora solo necesito descansar y un abrazo profundo que me devuelva el calor perdido.

Creo que ha llegado la hora de partir, siento una profunda paz y la certeza de que allá donde voy no me alcanzará el dolor. Huir al fin de esta cárcel de soledades acompañadas, de esta tristeza arrasadora que no me deja levantarme del suelo, que no me permite alzar la cara hacia el cielo, solo quiero volver a ver la luz del sol y respirar profundamente el aire frío del amanecer. Nadie es imprescindible, ni siquiera yo. Mañana solo seré un recuerdo.

Jamás volverán a hacerme daño...